

UNICO

GUELL

L. N.

861.6

F363 lo

L O L A

B. N.

LOLA

ROMANCE DE COSTUMBRES NACIONALES



OBRA PÓSTUMA

DE

ROGELIO FERNÁNDEZ GÜELL

1883-
1919



SAN JOSE, COSTA RICA

IMPRENTA, LIBRERIA Y PAPELERIA ALSINA

1918

AL LECTOR

No tendrá, tal vez, el poema que hoy publicamos, a pesar de sus inegables bellezas de forma y de fondo, el alto mérito literario que tienen otras composiciones del fecundo y atildado escritor Rogelio Fernández Güell, pero sí tiene, indudablemente, gran interés aficcional, por ser el último producto de aquella clara inteligencia, tan violenta como prematuramente extinguida.

Fueron los versos de «Lola» escritos al correr de la pluma, y en momentos que precedieron muy de cerca a la cruzada libertaria que emprendiera el llorado vate; cruzada que había de conducir a Rogelio al Tabor donde ciñera a su frente, ya recargada con los verdes laureles del arte, las

rojas flores que forman la corona del patriota mártir.

Tal circunstancia da un interés dramático a esta composición, conocida hasta la fecha solamente por dos personas: la esposa del escritor, a quien fué dedicado el poema, y el amigo que estas líneas escribe, quien, consciente del ancho abismo que separa su insignificancia de la elevada mentalidad del autor, no se atreve a unir su nombre al de Rogelio Fernández Güell, a pesar del intenso afecto fraternal mutuamente profesado y de la sincera admiración constantemente sentida.

X. X. X.



LOLA

ROMANCE DE COSTUMBRES NACIONALES



A MI ESPOSA ROSA SERRATACÓ SOLEY.

I

Sobre un alazán quemado
que vuela más que camina,
va el tenorio más osado
que el Tiribí ha reflejado
en su linfa cristalina.

Moreno, de ojos ardientes,
negros como dos tizones,
labios finos e insolentes,
esbelto, y con unos dientes
para partir corazones.

Usa chaqueta tallada
y muy corta, a la cintura,
el sombrero a la pedrada,
banda de seda encarnada
y un encanto de montura.

Nadie le pone ni quita;
es el rey de toda fiesta,
y cuando el amor lo excita
tira el sombrero de pita
a la moza más apuesta.

En las grescas de taquilla
o en las lides del amor
en que la arrogancia brilla,
con honrilla o sin honrilla
siempre sale vencedor.

¡Cuánta abeja susurrante,
ebria de miel y destellos,
quedó presa, agonizante,
en la cárcel ondulante
de sus graciosos cabellos!

Pendenciero, jugador,
a beber nadie le gana;
tiene un gallo peleador
y su potro es el mejor
que ha corrido en la Sabana.

¿A qué mujer no engañó?
¿Cuántas quimeras no tuvo?
¿Qué aventura no corrió?
¿Qué maldad no cometió
y en qué lupanar no estuvo?

¿Años? ¡Jesús, si es muy tierno!
¡Ventidós tiene el don Juan!
y uno basta, Dios eterno,
para que arda en el Infierno
entre Judas y Satán!

Su padre es un gamonal
de San Juan de San José,
honrado a carta cabal,
que se ganó un dineral
con su patio de café.

Su madre, su pobre madre
que llora y reza por él,
lo ve a escondidas del padre,
y aunque al viejo no le cuedre,
ella vela por Miguel.

Porque el bueno de ñor Diego,
a quien le gastó sin tasa,
ante una deuda de juego,
con los ojos hecho fuego,
pagó y lo echó de la casa.

De entonces anda el bolonio
suelto por pueblos y villas,
y no hay un matrimonio
que no esté dado al demonio,
ni soltera sin «cosillas».

Se juntó con un tal Tista
y ahora gana un platal
metido a contrabandista,
pues tiene una «saca» lista
en el mero Salitral.

El otro día trabó
combate con cuatro guardas
y a los cuatro los venció,
a punta e guaro, creo yo,
pues no eran flojos los guardas.

Pero el suceso más bravo
que de él se cuenta hasta el día,
fué hace un mes en el Hitavo,
donde cogió por el rabo
a Satanás con su cría.

¡Santo Cristo de Esquipulas!
¿y el pleito con el Cadejos
en el puente de las Mulas?

.....
.....

Venía el perrazo aquel
con ojos como carbones
y negro como Luzbel,
y se echó sobre Miguel
sonando sus eslabones.

El se arrojó del rocillo
que temblaba de pavor,
echó mano a su cuchillo
y le dió un «filazo» al pillo
que aulló de rabia y dolor.

Y veloz le arrancó un pelo
a par que se le salía
del pecho la cruz del cielo
que le dió con santo celo
su madre en dichoso día.

Al ver la cruz, dominado
por sus divinos reflejos,
huyó el demonio espantado,
y nunca más al cuitado
se le apareció el Cadejos.

Otra noche, en el camino
de Pacaca al Puriscal,
tuvo un encuentro malino,
pues un peso atrás le vino
que horrorizó al animal.

Unos brazos lo estrecharon
y se detuvo la yegua,
y aunque en julio lo engendraron,
los pelos se le pararon
al ver a la propia Zegua.

¡La Zegua! ¡mujer horrible!
¡bruja del Diablo querida!
Que haya a mi ver no es posible
aparición más temible
ni en esta ni en la otra vida.

Pero Miguel, ya calmado,
«Mujer—le dijo—¿qué quieres?
¡Si no me voy de tu lado!
¡Sola tú me has conquistado
entre todas las mujeres!

«¡No aprietes tanto, preciosa!
¿Quieres corramos la tuna
esta noche tan hermosa,
dulce, tibia y olorosa,
a los rayos de la luna?»

La Zegua, criatura ruin,
halagada en lo que callo,
aceptó sonriendo al fin,
y peló a su querubín
unos dientes de caballo.

«¿Quieres un trago, mi vida?»
—dijo Miguel a la Zegua.
Aceptado, y de corrida.
«Es contrabando, querida.»
Y bajaron de la yegua.

Cogió Miguel la botella,
bebió y escupió a lo lejos,
y sin que se fijara ella
—que hacía mimos de doncella—
le echó el pelo del Cadejos.

Bebe ella y se atraganta,
pues apenas ha bajado
el cabello a su garganta
se enrosca con fuerza tanta
que el cuello torna morado.

Tragó y vomitó seguido,
haciendo infinitos ascos
se revolcó sin sentido,
y dando un gran alarido
echó por esos peñascos.

Su extraordinario valor
fuera virtud, gracia y luz,
si a él uniera el fervor,
y un rayo solo de amor
a Aquel que murió en la cruz.

Pero el Angel del Abismo
logró en su alma penetrar,
ni tiene igual en cinismo,
pues para él son lo mismo
choza, palacio y altar.

Ante la Virgen bendita
de los Angeles juró
a una linda cartaguita,
a la infeliz Margarita,
amor eterno, y mintió.

Mintió también a Lucía
en la propia Catedral,
y se burló de Chalfa
cuando la pobre tenía
hecho ya el traje-nupcial.

Adoran en él las bellas
por su valor y hermosura,
sueñan en él las doncellas,
y es causa de las querellas
de mucho hogar sin ventura.

Y aunque le aborrecen ¡vaya!
y lo han jurado matar,
con su bravura y su talla
tiene a los hombres a raya
y se hace temer y odiar.

La casa de don Joaquín
arde de fiestas y flores,
y tiene razón al fin,
pues hoy se casa Dolores.

Uruca y enredaderas
adornan los corredores

y penden de las soleras
farolillos de colores.

Muestra el bambú su elegancia,
perfuma el torito en flor,
y hay en el aire fragancia
de verbena y cundeamor.

Afuera los mozos,
vestidos de fiesta,
esperan gozosos
el son de la orquesta.

Las lindas conchitas,
con mucho pudor,
escuchan contritas
palabras de amor.

Chirrea un cohete,
de la orquesta el son,
y se oye a lo lejos
la detonación.

Guapas campesinas
las de San Antonio,
no las hay más bellas
en estos contornos.
Vedlas cómo lucen
sin ningún adorno,
que el cielo las hizo
para su tesoro.
Son blancas, esbeltas,
de brillantes ojos;
de grana sus labios,

sus dientes lustrosos,
y unas cabelleras
de pelo sedoso,
torcidas en trenza,
o sueltas, sin moño,
con cintas de seda
como todo adorno!

Á su lado vide
las de San Francisco,
que daban envidia
a los cielos mismos.
Una sola niña
del Zapote vino;
pero se bastaba
p'alumbrar abismos
con unos ojazos
rasgados, divinos!

Y ví unas cholitas
de Curridabat,
muy bien vestiditas
como en la ciudad.
¡Qué bien meneaban
sus talles de avispa!
¡Cómo platicaban,
con qué aire y qué chispa!

En medio de un grupo de amigas
estaba Dolores;
el traje de novia y el velo
y el ramo de flores.

Mustia está la doncella y muy pálida,
sus ojos tan lindos, tan suaves,
son fuentes de lágrimas [amante.
y sus labios murmuran el nombre quizás de un

¿Qué le pasa a la hermosa muchacha?
¿Qué le pasa a la flor más preciosa del valle?
¿Qué marchita sus vírgenes galas?
¿Qué tortura su olímpico cáliz?

Está el novio delante de ella
y apenas lo mira;
su faz es un lirio, una estrella
que entre un velo de cándidas nubes espira.

Ella amaba al ladrón de su vida,
al infame y hermoso Miguel;
al que huyó de su lado y la olvidó,
y sus labios manchó con su miel!

Ella ignora, la triste, que un día
su padre quejoso,
arrojó al libertino orgulloso
que manchar su mansión pretendía;
y juró que si acaso volvía
en su casa a encontrar a Miguel,
a los dos sin piedad mataría,
a ella y a él!

Su madre hacendosa
prepara jaleas,
helados, melcochas,
rompope, mistela,

y una mazamorra
que huele a canela.

Rasguea la guitarra un guapo mozo,
y después de escupir,
entona esta canción con alborozo
de las mozas, que la hacen repetir:

«La niña más guapa
de San Antonio,
la que's la tapa
pa'l matrimonio,
está en las garras
¡ay! del demonio».

—«Dejá vos de escupir y de cantar!»—
el colérico padre gritó al punto;
dejó el mozo al oírlo el contrapunto,
y la novia infeliz rompió a llorar.

III

En la próxima iglesita
una alegre campanita
con su lengua de cristal,
repica contino,
mientras en camino
se pone, miradlo! ya viene! el cortejo nupcial.

En la puerta espera el cura
con cruz alta e incensario,
en la mano su breviario

y el acólito a la par.
En el fondo de la nave,
entre velas encendidas,
y las manos extendidas,
se ve el Cristo en el altar.

De improviso se escucha el rumor de un caballo,
y llega, veloz como un rayo,
Miguel;
atropella al concurso asombrado,
al mandinga del novio hace a un lado;
nadie osa oponérsele a él,
y con mano potente a la novia arrebatada,
en la silla coloca a la ingrata,
y huye a todo el volar del corcel.

Ñor Joaquín los persigue furioso,
pero en vano, y de cólera grita;
le acomete un ataque nervioso
a la madre, la gente se irrita;
—«¡Sacrilégio, favor!»—clama el cura;
las muchachas se miran sonriendo,
y el imbécil del novio se esfuerza, y procura
comprender este caso estupendo.

IV

Todo el mundo ya duerme en San Antonio;
sólo vela en su casa ñor Joaquín;
a Dolores llevósela el Demonio,
y aún se ven las reliquias del festín.

Con sus manos de rabia temblorosas,
arrancó los adornos del portal;
destrozó las azalias y las rosas
y la burla cruel juró vengar.

Dan las nueve, las diez, las doce al fin...
Todo el mundo ya duerme en San Antonio;
sólo vela en su casa ñor Joaquín.

V

—¿Qué le dió a ñor Joaquín? — dijo Cujuijo
a Pedro el mandador, mientras podaba
con destreza de viejo campesino,
un cafeto. — ¡Pos no se metió a guarda!
—Hombré; tenés razón— asintió Pedro.
El patrón ya es durito; por ahí anda
de cincuenta o sesenta, y saca un año
con otro más de ochenta carretadas
de leña; de café no coge menos
de sesenta fanegas; tiene vacas,
caballos, un chiquero con diez chanchos
y una milpa que's hora pura plata.
—Pa mí— dijo Cujuijo pensativo—
que alguna yerba mala
le ha dado alguna bruja, pos el hombre
no era asina; ya va pa una semana
que se jué a la ciuda; ni se recuerda
de mujer, de chiquiyos ni de nada.
—La juida de la Lola lo ha chillao,
pos pa mí que jué cosa combinada.
Yo la vide agarrásele al pescuezo,

y jué asina que él pudo levantala.
Cujuijo, vos sabés que no soy flojo;
sin embargo, te juro por mi alma
que al ver a aquel muchacho, sin respeto
a la Iglesia y al cura, échale traca
a Lola y escapar en dos segundos,
yo pensé qu'era el Malo; vide llamas
y me dió olor de azufre en las narices
que a demonios y a infiernosapestaba,
recé dos padres nuestros y una salve,
y en vez de echar tras él, volví la cara.
—Hombré, pos si era el Diablo.
¿cómo pudo acercase a la Cruz alta?
—En vez de calentase la cabeza
pensando en contingenciás tan extrañas,
(no vaya a sucedernos algo malo)
eh, Cujuijo, volémole a la pala?

En esto, de la próxima iglesita
brotaron limpias, claras,
como un vuelo de cándidas palomas,
cuatro, cinco, hasta veinte campanadas;
y los dos campesinos, reverentes,
depusieron la pala y la catacha,
los curtidos sombreros se quitaron,
y diéronse a rezar con toda su alma.

IV

Pasada la vía
de Santa María,
por una picada

angosta y pesada,
se sube y se sube,
como entre una nube,
si la bestia es fuerte,
al cerro e la Muerte.
El lúgubre monte
cierra el horizonte
con su enorme masa,
y el que no lo pasa
con la luz del día
y en su cumbre fría
osa pernoctar,
no ve el alborar,
pues se queda yerto,
congelado, muerto.
La cumbre traspuesta,
al pie de la cuesta
se ve un Paraíso,
que así Dios lo quiso;
un valle precioso,
fértil, abundoso,
como no hay igual.
Es El General.

Huyendo a la Justicia, en ese valle
hicieron su morada,
presidarios fugados de las cárceles
y alguno que por pique o por parranda,
ultimó a su compadre, tomó el monte,
y después de tres días de jornada,
salvando precipicios espantosos
por senderos de tigres y de dantas,
llegó al hermoso valle
con su guávil, su perro y su cutacha,

y fué allí recibido como hermano
por otros fugitivos de su laya.
Con el tiempo formóse una colonia;
y aquella gente brava
por la ley del trabajo redimida
y al contacto quizás de la montaña,
adquirió nuevos hábitos de vida
¡y cosa singular! se volvió honrada.

(Jamás los infelices sospecharon
que, al huir a la selva, realizaban
la noble idealidad de los sociólogos:
la colonia penal, por su espontánea
y libre voluntad, y a par castigo,
y paz y redención se procuraban)
Algunos se llevaron sus mujeres;
cultivaron arroz, tabaco y papas
y otros varios productos, y la tierra
rasgadas sus prolíficas entrañas,
les brindó, como madre cariñosa,
prodigios de mazorcas y de cañas.

Pasados muchos años, el Gobierno,
respetando habitantes y moradas,
nombró una autoridad, y abrió al comercio
esa bella región de nuestra patria.

En este ameno valle, a las orillas
de un arroyo que lame rumoroso
los últimos estribos
del cerro majestuoso
de las Vueltas, se eleva una cabaña,
por cuyas numerosas aberturas,
entre el humo que vuela a la montaña,
se escapa un penetrante olor a asado,
que trasciende a ternera o a venado.

Son las diez, arde el sol, el viento orea
la copa de los árboles, refila
un tierno soterré; la puerta se abre
y una hermosa y robusta campesina
en el marco se encuadra, que decoran
azules y violáceas campanillas.
Con la mano defiende de los rayos
del sol sus lindos ojos, y se empina
para ver si a lo lejos aparece
aquel que es el encanto de su vida.
Se acerca traqueteando una carreta
y a sus labios asoma una sonrisa.

El aire que se cuele por la puerta
barre el humo y refresca la cocina,
y en el suelo de tierra apisonado
deja ver un encanto de chiquilla,
con la sucia camisa agujereada
con un nudo a la espalda recogida.
«¡Guf, Guf, buey!»; luego: «¡Jesa!»
se escucha al mismo pie de la colina.
y un joven campesino, ágil y fuerte,
sube a brincos y llega a la casita;
besa, estruja en un vértigo a la madre,
arrebata del suelo a la chiquilla,
va a meter las narices en la olla,
revuelve la cocina,
y se sienta en un duro taburete
de cuero, que cojea en una esquina.

—Lola,—dijo el campesino—
hizo dos años antier
que la fuerza del destino
te me dió como mujer.

Por tu propia voluntad
me seguistes, prenda mía,
pues te dejé en libertad
de seguirme o no aquel día.

Desde que te vide a tí,
que se me jué toda el alma,
y me dije: «esa es la palma
que me corresponde a mí».

«¡Cuidiao quien con ella jale
y cartitas me le ponga,
que tengo riata pa dale
y a mí naide me rezonga!»

Por tí no sentí pasión
sino ese dulce embeleso
en que quiere el corazón
agonizar en un beso.

Me arrojó de su presencia
mi padre; busqué a tu lado
amor, virtud, inocencia,
y me echó tu padre airado.

Por casualidad un día
supe, con rabia y dolor,
que tú entregabas tu amor
a otro hombre, cuando eras mía.

Monte a caballo anhelante;
vuelo veloz como el viento,
y llego en el mismo instante
de impedir el casamiento.

Un frenesí, una locura,
se apoderó de mi ser...
y te subí a la montura
y escapé a todo correr.

Tú que me amabas, mi cielo,
al sentirte toda mía,
temblabas de amor y anhelo
y llorabas de alegría.

¡Sabe Dios que yo he pagado
tu generosa ilusión
con el oro que he arrancado
de mi propio corazón!

Pues desde entonces, mi vida
sigue de la tuya en pos,
y el alma que ví perdida
la has salvado para Dios!

Mañana, que es la Asunción,
vendrá de Terraba el Cura
a bendecir nuestra unión,
y para mayor ventura

te anuncio, prenda adorada,
que ya me arreglé con Tista:
tengo la finca formada
y no soy contrabandista!

Ella sonrió feliz,
y una purísima lágrima
unos instantes brilló
entre sus negras pestañas.

¿Fué de alegría o dolor?
La sombra pasó por su alma
del padre de quien huyó,
y preguntó en voz muy baja,
apoyándose de codos
(pues a sus pies se encontraba)
en sus rodillas, y viéndole
con una fijeza extraña:
—¿Y crees vos, Miguel, que asina
nos perdonarán los tatas?
El se rascó la cabeza
mientras ella lo miraba,
y contestó titubeando:
—¡Claro está! ¡Pues no faltaba!...

Y estremecidos los dos,
cual si un formidable espectro
se hubiera, lleno de ira,
entre ambos interpuesto,
se sentaron a la mesa
y silenciosos comieron.

—¡Oh,—se dijo Miguel al despedirse
de Lola y al volver a uncir los bueyes—
la dicha y la fortuna aún más enervan
que el licor y los lúbricos placeres!
Mientras no tuve más que mi pellejo,
me eché el alma a la espalda, y de la suerte
me refí, y del demonio y de Dios mismo!
Ahora que ya cuento entre mis bienes
a una linda mujer que me idolatra,
una hija, Mercedes, don celeste,
tan viva y hechicera, una fortuna
que basta a mis cristianos menesteres,

y a Dios aquí en el pecho, ahora tiemblo,
y un extraño aguijón hurga mi mente.
¿Yo cobarde?... ¡Malhaya quien tal dijo!...
Con mi guápil, mi chopo o mi machete,
no le tengo yo miedo al Diablo mismo!...
Pero... en vano alardeo de valiente:
la verdad es que yo, por vez primera,
siento un vago temor... temo a la suerte!

VII

—¿Sabés vos que llegaron siete guardas
al mando de un sargento o un teniente
esta misma mañana?

—¿Y qué hay con eso?

—Pos nada, que parece
que ha habido una denuncia y que han cogido
una saca en el cerro de la Muerte.

—¿Sí? ¿Qué dices? ¡Mal rayo!

—Y que te buscan.

A Tista lo cogieron a las nueve,
y cantó de corrido.

—¿Y los amigos?

—Todos presos; excepto aquel pillete
que dió el soplo.

—¿Eso es cierto?

—Te lo juro

—¿Cuántos, son?

—Yo conté lo menos siete.

—Está bien, compañero; no es tan fácil,
sobre aviso, cogirme.

¿Con qué siete y armados hasta el alma?
Mi rifle dará cuenta de los siete.

VIII

—¿Sabés lo que ha sucedido
en lo alto del Bejucal?
Pos de allí tren un herido.
—¿Jué en pleito o por un casual?
—Ya verés; un iscarote
que no falta en una banda
jué con el cuento, y al trote
se vino el cabo Miranda
con seis guardas escogidos,
camino del Puriscal,
y dieron como llovidos
en el propio General.
Gogieron a Tista, al ñato,
a Chiripas y a Chequel,
y anduvieron su buen rato
para encontrar a Miguel.
Este, que los vió venir,
se metió en el Bejucal,
y a tiros los hizo juir,
excepto a un solo rural,
rural de bigote gris
y más que maduro, viejo,
el cual estuvo en un tris
como no dejó el pellejo,
pues, al avanzar osado
contra el ardido Miguel,
éste, que le había apuntado,
se fijó de pronto en él,
y algo debió allí pasar
que me ha dejado perplejo

pues yo le vide arrojar
el arma a los pies del viejo,
a la par que le decía:
«¡Tire usted; tiene razón!»
y al tiempo que esto se oía,
sonó la detonación.
Miguel cayó mal herido,
gritando: «¡Jesús, Jesús!»
y se quedó sin sentido
puestos los brazos en cruz.
Allí lo tren en camilla
a casa de su mujer...
¡Y su mujer, pobrecilla,
que lo espera pa comer!
Pa mí que ya viene muerto.
—¡Achará; no había otro igual!
Lo van a sentir por cierto
las gentes de El General.

IX

Lola juega con la niña
y ríe como una loca,
que mañana llega el cura
y hoy es vísperas de boda,
y aunque pasaron dos años
sin importarle tal cosa,
el nuevo día y el cura
impaciente aguarda ahora.

—Lorita; canta!
—la rí, la rá!



- Llrita, ríe!
 —Ja, ja, ja, ja!
 —Dime mi nombre.
 —Lo lá, lo lá!
 —Dime que me amas.
 —La rí, la rá!

Con solemne y monótono paso melancólico grupo se acerca a la casa en que ríe la vida ante el fiero dolor que la acecha; la camilla en el suelo colocan dos rurales con honda tristeza; nadie osa acercarse a la casa donde reina la dicha completa; pero el viejo rural impaciente toca, llama, derriba la puerta, y a los ojos de Lola espantados el horrible espectáculo muestra.

Un grito de dolor lanzó su boca; un jay! que hizo temblar el cielo mismo, que cubrió de tinieblas el abismo y vibró en las entrañas de la roca; y luego se arrojó desmelenada sobre el yerto cadaver del amante, lo llamó, lo besó, y amenazante se irguió, como leona acorralada, buscando con la vista al asesino.
 —Fuf yo—dijo su padre—y satisfecho estoy! Juré matarlo, y ya lo he hecho!
 Perra, gózate ahora en tu destino!
 —Ha matado a mi esposo!

—A tu querido!

—No; a mi esposo; mañana mismo el cura
hubiera nuestro enlace bendecido;
mas no importa: será en la sepultura.

Así dijo, y al padre descuidado
quitándole el puñal de la cintura,
hincóselo en el cuello, y cayó al lado
del amante infeliz
.

X

Llegó al día siguiente el señor cura;
gran dolor le produjo la tragedia,
y a instancias de la gente, unió sus manos
y bendijo su tálamo de tierra.
Al pie de la colina, allí descansan
bajo el césped florido y la maleza
que oculta hasta la cruz que allí plantaron
corazones piadosos y almas buenas.
Sus cuerpos, nada más, pues cual se juntan
en el cáliz de un lirio o azucena
dos gotas de rocío, así sus almas
se juntaron también en otra esfera.

EPILOGO

Ante el cuerpo de Lola ensangretado,
ñor Joaquín perdió el juicio,
y, loco de remate, fué internado
por su propia familia en el hospicio.

La pequeña Mercedes, flor de amores
brotada de una triste sepultura,
es el vivo retrato de Dolores
y su abuela la quiere con locura.

Por el pueblo pasé una mañanita
destas frías de enero y despejadas,
y entre hitavos en flor, ví la casita
surgir con sus paredes encaladas.

Todo está como ayer; sobre las tejas
se doran las mazorcas; en el patio
el café de pilón y unas almendras
se acaban de asolear entre unos vástagos;
se dispone a salir una carreta,
pululan las gallinas y los gallos;
una moza, metida entre la acequia,
lava y tuerce la ropa; los muchachos
afilan sus machetes en las piedras;
se refriega en la tranca y gruñe un chancho,
y el paisaje bucólico completan
recargados de frutas los naranjos.

Y ví a la pequeñuela,
y pensé que otro tiempo así Dolores
jugó con los cabellos de su abuela.

Pura y bella creció, como las flores
que abre el día en el triste cementerio
con sus dedos de luz, y amortajadas
con un velo de sombra y de misterio
las encuentran las nuevas alboradas.
—¿Tu suerte será igual, linda criatura?—
suspiré, y el temblor del pensamiento
tronchó una hermosa flor de sepultura,
y llevose con brusco movimiento,
a do van el ensueño y la ventura,
mi suspiro y sus pétalos el viento.

San José, enero de 1918.





